

de histología, el nombre del sabio sea reverenciado con un desbordamiento de entusiasmo y una efusión de orgullo y un temor misterioso, como si fuese un ser sobrenatural que hizo de Petilla de Aragón su Portal de Belén.

El ayuntamiento de Pamplona, se propone también dar el nombre de Ramón y Cajal a una calle del Ensanche y ha surgido así mismo el proyecto de erigir un monumento al ilustre nabarro, iniciativa que la acogerá favorablemente la Diputación, para que pueda llegar a realizarse, dando con ello testimonio perenne de admiración por uno de sus grandes hombres.

DE UNAMUNO

Borrón y cuenta nueva

¿Por qué no se ha vuelto a hablar del rescate de los cautivos en Africa? Ese rescate, como ya dijimos, no podía ser sino prenda de paz, de que se renunciaba a una absurda conquista imperial y a un más absurdo castigo. Porque no había ni hay por qué castigar a los que no son los culpables del providencial desastre de víspera del día de Santiago Matamoros. Y le llamamos providencial a ese desastre, por creer que nos salvó de otro, del que anunciaba aquel discurso de Córdoba, Cierva notario.

El ensueño de Tánger, el empeño del desquite imperial de lo de 1898, ha de desvanecerse con la ilusión del ex futuro Vice Imperio Ibérico. Hay que confesar contritamente la culpa; hay que enmendarse y... hay que sufrir la pena.

Porque para liquidar la gravísima falta de la cruzada africana no basta hacer la paz y renunciar a conquistas imperiales y a toda forma de imperialismo—ni fuera ni dentro—, sino que es preciso además depurar todas las responsabilidades, absolutamente todas, y depurarlas públicamente. Y lleguen adonde llegaren. Nadie que haya tenido iniciativas eficaces—tal vez sin deber tenerlas—puede ni debe hurtarse a dar debida cuenta de sus actos. Sin que valgan ficciones.

¿Cuándo se lleva al Parlamento—aunque sea a este Parlamento que nació de la zarabanda roja de Llodio—el expediente formado por el general jurídico Picasso? No es que creamos que de ello salga nada definitivo. Conocemos el fatídico sistema de borrón y cuenta nueva. En un Parlamento se designó una Comisión—creemos que extraparlamentaria—que depurara las responsabilidades de la bochornosa represión del verano de 1917, y ni se ha revisado el fallo injusto e ilegal que condenó a los del Comité de huelga, ni se ha puesto en claro lo que se hizo en el cuartel con Marcelino Domingo, ni se han llevado a cabo otros procesos. Y con el borrón y cuenta nueva no es posible avanzar.

Se dice que va a rectificarse la conducta pasada, que vamos a entrar en un período análogo al del 1820 a 1823; pero semejantes períodos duran siempre poco. Los “tres mal llamados años” se les llamó luego a los del período liberal del reinado del Abyepto. Acabaron con el asesinato de Riego.

Borrón y cuenta nueva, no. ¡Borrón, no! La cuenta nueva no es nueva si va bajo el borrón, si el borrón es su enseña. Cierva, el de aquello de que “de aquí a cien años, todos calvos”, decía una vez que con eso de exigir responsabilidades no se repara los daños, y que acaso es peligroso. Pero es que Cierva no siente, y menos comprende, que hay algo eterno en la historia.

No basta, no, que se haga la paz en Africa, y con ella se rescate a los cautivos renunciando a infligir castigos a los que no delinquieron; es menester que para abrir aquí un cauce a las luchas nobles, para civilizar nuestra guerra civil, para que sea de veras civil nuestra guerra nacional interna, nuestra lucha política, se aclaren las responsabilidades, todas las responsabilidades, de este estado a que nos ha traído lo que los responsables han llamado la fatalidad. Y si es así, que responda la fatalidad misma. El fatalismo es la forma más dañina del despotismo.

Divagaciones de un transeunte

Desde el balcón de “La Balfina”.

A la hora en que se van cerrando las tiendas de Bilbao viejo y del Ensanche, empiezan a bajar por el puente hacia el Boulevard muchos grupos familiares con paso decidido. Esto se puede notar todos los días laborables de Julio a Septiembre; es la estación de los conciertos nocturnos en el Arenal. ¡Y sentimos todos los años tal simpatía por este público! Es una simpatía que se acentúa más y más, según vamos entrando en los rigores del verano, hasta hacernos solidarios de aquella conducta musical.

Impertérritos ante la playa o el campo, deducimos por esta gente que así como un viaje a París o a Versalles no les vendría mal para transformar, al menos temporalmente, su espíritu y refrescar su alma provinciana, en cambio, un viaje a doce o trece kilómetros de Bilbao, que no aclara precisamente la inteligencia de aquellos que tienen que trabajar cotidianamente sujetos dentro de la urbe no les interesa por ahora. Prefieren, por lo tanto, veranear a base de estos conciertos nocturnos; en esa hora de descanso, hora tan amable, alrededor de un kiosco, a medida que la sombra de la noche, se va apiñando los corrillos de las tertulias, languidecen los diálogos, y se oye la música después de un silbido de locomotora al otro lado de la ría. Y estas personas que bajan todos los días hacia el Arenal, van